

V. Blasco Ibáñez  
*El abuelo*, de Galdós  
(*El Pueblo*, 19-2-1904)

Escribo estas líneas después de presenciar el estreno de *El abuelo*, el triunfo teatral más grande y más justo de Pérez Galdós.

Todos los españoles que leen y están enterados de nuestra literatura, saben que *El abuelo* es una de las mejores novelas de Galdós, un libro, no español, sino europeo, de escaso color local, pero con ese ambiente humano que solo poseen las obras admitidas en lo que puede llamarse literatura universal.

Cuando hace algunos meses me dijo Galdós que llevaba *El abuelo* a la escena, convertido en drama, sentí interiormente deseos de protestar, callándome únicamente por respeto al maestro.

Convertir una novela en drama, es algo para mí, cual desarmar una estatua, articulándola para que gesticule y bratee como una muñeca; trocar en movimiento falso y desordenado la olímpica serenidad del mármol inmortal.

El teatro es una de las manifestaciones más elementales y primitivas de toda literatura. Florece y prospera en las épocas en que la gente inculta aún no sabe leer, necesitando que le sirvan la belleza literaria por los oídos, y con formas materiales y tangibles. La novela es la evolución suprema, última y definitiva de toda literatura; el resumen de todos los géneros, poema épico, canto lírico, drama y comedia, todo a un tiempo: podrá aparecer aislada y antes de tiempo como el *Quijote*, pero esta excepción no forma regla, pues únicamente se muestra en toda su esplendidez cuando los pueblos son cultos y están familiarizados con la función de pensar, pudiendo ponerse en comunicación imaginativa con el autor, sin la mediación de los cómicos.

Esto es una opinión mía, con la que muchos no estarán conformes, pero que por lo arraigada y sincera, bien vale lo que cualquiera otra.

Por pensar de este modo, lamentaba yo que Galdós intentase destrozar y desfigurar una de sus mejores novelas, llevándola al teatro.

—Es la manía de todos los grandes novelistas —me decía—. A Zola le ocurrió lo propio. Sufren el hambre de la aclamación popular. Si

fuesen políticos y oradores, acostumbrados a la ovación o la protesta de las masas, no sentirían esa comezón de popularidad, ese deseo de ver de cerca al público, sometiéndose a sus caprichosos fallos. Pero aislados en su gabinete de trabajo, se creen caídos y solos, aunque sus libros se vendan mucho. No les conmueve que la prensa los elogie; están acostumbrados, y el aplauso en letras de molde les parece desabrido. ¿Qué les importa saber que hay muchos lectores que ríen o lloran leyéndolos, si el aplauso mudo no llega a sus oídos y no ven cara a cara a los que admiran su genio?...

De aquí el impulso irresistible que siente hacia el teatro todo novelista que no ha estado en comunicación con las grandes masas de público por exigencias de la política.

Pérez Galdós era célebre en España y fuera de ella, sin que personalmente le conociesen más allá de unos cuantos centenares de madrileños. Sintió la justa vanidad de que el hombre fuese tan conocido como el escritor, de salir a las tablas, de ver de cerca y en grandes masas su público, y se lanzó al teatro con la audacia de su espíritu creador, tropezando en una obra y levantándose en otra, con la indecisión y la varia y desigual fortuna del que marcha por un camino que no le es familiar; hasta que con *El abuelo* (drama) ha alcanzado la altura que hace tiempo escaló en la novela.

Me arrepiento de la dolorosa incertidumbre que sentí al oír al maestro su propósito de convertir en obra dramática una de sus más inspiradas novelas.

*El abuelo* drama es una de las mejores obras (por no decir la mejor) de nuestro teatro moderno. Hay en él un quinto acto digno de Ibsen. No; digo mal; a cada uno lo suyo, sin establecer comparaciones. El dramaturgo noruego tiene sus obras y Galdós tiene *El abuelo*. Cada uno en su pedestal; que para ocupar el suyo el español, no necesita buscar apoyo en el escandinavo.

*El abuelo* novela sigue siendo una gran novela; y el drama, el más conmovedor, el más genial y verdadero de cuantos hemos visto en España de muchos años a esta parte.

\*\*\*

Los lectores recordarán, aunque sea en bloque, *El abuelo* de Pérez Galdós.

El viejo conde de Albrit, arruinado, triste y casi ciego como el rey Lear, una especie de león heráldico de polvorienta melena que ruge melancólico sobre el pasado muerto, no tiene en el mundo otra familia que una nuera, a la que odia porque amargó con su infidelidad la existencia de su hijo, causándole la muerte, y dos nietas. Dolly y Nell, criaturas sencillas y graciosas que moralmente parecen gemelas.

Albrit sabe que de las dos nietas solo una lleva su sangre, solo una es fruto de su hijo. La otra nació de un pintor, de un artista bohemio y tosco, pero de genio, que fue amante de la madre. ¿Cuál es la verdadera? ¿Cuál la falsa?

Los que saben la verdad la ocultan; la nuera, orgullosa irlandesa, se niega a hablar, y el pobre anciano apela a mil pruebas y astucias, buscando en vano conocer a su nieta legítima para dedicarla todo su cariño. Dolly, revoltosa y de genio independiente, le inspira sospechas. Esta es indudablemente la hija del artista; y Nell, la niña modosita y práctica, la de pura sangre aristocrática. Pero Dolly le quiere más, le cuida, se sacrifica por él y le defiende con su energía de mujercita cuando los notables del pueblo de Jerusa, influenciados por la condesa de Lain, quieren conducirlo al convento o al manicomio.

¿Cuál será la verdadera descendiente? ¿Nell, que ama más a su madre que a su abuelo y ansía el momento de seguirla a Madrid, ilusionada por la vida fastuosa y aristocrática? No: indudablemente es Dolly, que adora a su abuelito, pobre y abandonado, que le sigue, lo defiende y se irrita ante la ingratitud de los que lo persiguen y fueron protegidos por él en otros tiempos.

Surge la terrible revelación, llegando hasta el viejo león de Albrit por varios conductos. La nieta verdadera es Nell, y la hija del adulterio, la que lleva indignamente el nombre de Albrit, la pobre Dolly, la muchachita abnegada y cariñosa, a la que han tenido que separar de su abuelo a viva fuerza.

¡Pobre león viejo! Su nuera le persigue declarándolo loco; sus antiguos servidores quieren encerrarle; no le queda más amigo que D. Pío Coronado, un maestro de escuela que es la personificación de la bondad triste; bufón shakesperiano que repite amargamente «qué malo es ser bueno» y cuenta resignado su vida, que consiste en mantener y aguantar, los malos tratos de unas hijas que su mujer le trajo fabricadas fuera de casa.

De noche, a la luz de la luna, frente a la iglesia por cuya portada se escapa el susurro del órgano lejano, el conde ve por última vez a Nell, la nieta verdadera, lo que lleva su sangre, la que engendró su hijo.

Al salir de la novena saluda al abuelo con una dulzura que tiene mucho de conmiseración, como se habla a un niño o a un loco.

—Abuelito, adiós.

Algún día volverán á verse; ella se marcha con su madre, la casará con un marqués, no piensa más que en su futura felicidad. Y únicamente se le ocurre aconsejar a su abuelo, que no contraríe a la gente, ni luche con ella; que acepte la Idea de retirarse a un convento tal como se la proponen. Debe descansar: entre los frailes estará muy bien, y ella, su nieta Nell, que le quiere de veras, irá a verle, siempre que se lo permita su nueva vida.

—Adiós —dice el pobre viejo saludando la ilusión de su vida que se aleja para siempre.

¡Hasta su nieta le abandona, el único ser que le pertenece con arreglo a sus férreas convicciones sobre el honor y la familia!...

¡Ah, ese quinto acto con sus frases de honda humanidad que despiertan el escalofrío de lo sublime!...

Caído el conde al pie de la cruz, siente que a impulsos de la desgracia flaquean sus convicciones de toda la vida, sus ideas de viejo león heráldico. La buena le abandona; y la mala, la hija del adulterio, le amó siempre y la tienen encerrada en casa del alcalde para que no le siga.

Su vista se vuelve al triste maestro, al bondadoso bufón, único que le acompaña en su infortunio. Siente la necesidad de consultarle, de buscar un apoyo en su estultez resignada.

—Dime, Pío. ¿Qué crees tú que es el honor?

—El honor —dice con voz vacilante el pobre viejo— yo creo que es... las condecoraciones... también hay honor militar: honor patriótico; honores fúnebres... y campo del honor... En fin, señor conde, que no sé lo que es el honor.

—¡Ah, el honor! —dice amargamente el viejo Albrit— Si fuese algo material, ¡cómo serviría para abonar los campos!

Al oírse esto en el escenario del teatro Español, hubo una parte del público que pareció encabritarse, echarse atrás como herido por la audacia del golpe y con deseos de responder cayendo sobre el autor;

pero fuimos muchos los que prorrumpimos en aclamaciones saludando el sublime atrevimiento del genio.

A partir de este momento, el final de la obra fue ascendiendo en intensidad dramática, sana y sincera.

Cuando el conde y su triste bufón se preparan a huir sin rumbo, pobres, desamparados, sin mano que los guíe ni amor que los aliente; llega Dolly que busca a gritos al abuelo. Se ha escapado de su reclusión, se ha lastimado una pierna al huir; pero ríe viendo al abuelito amado, al que considera su noble ascendiente, más noble aún por el aislamiento y la desgracia.

La hija del pecado, el fruto del adulterio, la nieta falsa, le tiende los brazos, le ofrece la boca. Ella no quiere irse con su madre, quiere sacrificar la vida y la juventud al anciano abandonado.

—Abuelito... contigo; siempre contigo.

Y el viejo león se abraza a ella.

—¿Qué son el honor, la familia, las preocupaciones sociales? Mentiras... nada. Solo hay en el mundo una verdad, una ley suprema: el amor.

¡Bravo, maestro! Shuderman, al echar abajo el honor, puso otro sentimiento en su lugar: el deber. Pero esta es una conclusión mezquina, y hasta algo artificial, pues el deber no es un sentimiento natural, sino una creación de los hombres y de las necesidades sociales.

Creo, como Galdós, que lo único humano, verdadero e inmutable es el amor.

De *El abuelo* se desprende una deducción que el autor no se atreve a exponer ni a indicar siquiera, pero que salta ante una observación algo perspicaz.

Dolly es buena, por lo mismo que es hija del amor y no del matrimonio.

Los hijos de amor son siempre los más hermosos y los más buenos.

El contacto de dos cuerpos animados por la afinidad electiva, de dos seres que se funden sin pensar en ventajas materiales, únicamente porque se aman, es bendecido por la naturaleza. La adúltera de *El abuelo* amó al artista y su obra fue Dolly.

Nell es la hija de ese matrimonio, en el que uno ama y el otro no; de esas noches blancas sin arder y sin olvido, en las que se procrea por

deber o por rutina, y el beso tiene el sabor vulgar y groseramente suculento del puchero doméstico.

Hay esposos que saben vivir como amantes y son felices, pero generalmente el amor se aviene mal con el matrimonio.

Y ese dios que todas las mitologías pintaron vagabundo, caprichoso y andariego, se burla de bendiciones de curas, actas de jueces y conveniencias sociales, y guarda muchas veces las hermosuras físicas y las grandezas morales para los que nacen de un encuentro furtivo entre el ardor de la pasión y el sobresalto del peligro, compensándolos con esto de los honores que tributa el mundo a los hijos *legítimos* que llevan en su alma la ceniza del tedio procreador, sin una chispa de pasión.